

# La Hacienda El Carmen como escenario coyuntural de disputa sobre memoria, territorio y patrimonio

---

Disputes over memory, territory and cultural heritage  
in the El Carmen, south of Bogotá

---

*Andrea Castro Bernal*

Comunicadora social. Joven investigadora de Colciencias  
andreaastro.bernal3@gmail.com

Artículo de investigación

Fecha de recepción: 6 de octubre de 2013 • Fecha de aprobación: 3 de noviembre de 2013

## RESUMEN

En 2007, con ocasión del descubrimiento de uno de los cementerios indígenas más antiguos de América Latina, en predios destinados a la expansión urbana al sur de la capital colombiana, la investigación que aquí se condensa hizo una aproximación histórico-hermenéutica a las narrativas e imaginarios que alrededor del territorio conciben cinco tipos de actores sociales involucrados: organizaciones ambientales, campesinos, indígenas muisca, comunidad académica y autoridades del obierno Distrital.

**Palabras clave:** patrimonio, memoria, territorio, identidad, comunicación.

## ABSTRACT

Into discovery, in 2007, of one of the oldest indigenous cemeteries in Latin America, on grounds for urban expansion south of the Colombian capital, research here condensed made a historical-hermeneutic approach to narratives and imaginaries about the territory which

have been conceived by five kinds of social actors involved: environmental organizations, farmers, Muiscas indigenous, academic community and authorities of District Government.

**Keywords:** Cultural heritage, memory, territory, identity, communication.

## **CONSTRUCCIÓN DEL TERRITORIO: ENTRE DIÁLOGOS DE IDENTIDAD, PERTENENCIA Y DESARRAIGO**

La mirada sobre el territorio ha cambiado de manera sustancial a lo largo de la historia de la humanidad a partir de la interacción entre el hombre y el espacio que habita. Sin embargo, en las sociedades moderna y posmoderna, la concepción sobre el territorio ha tenido su metamorfosis más acelerada y determinante. La transformación en las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalista, ha transformado también la relación con el espacio (Ortiz, 1998) y las formas de producir el espacio (Lefebvre, 1974).

Max Sorre (citado en Ortiz, 1998) retoma la concepción griega de *oekouméne* para comprender la variedad geográfica que caracteriza a las culturas humanas; entendiendo que para que los grupos humanos puedan existir, deben arraigarse en un territorio específico cuyas características físicas y limitantes naturales confieren características fisiológicas y anatómicas a sus habitantes. En esta afirmación de Sorre se encuentra la importancia del hábitat como raíz de las culturas humanas y su construcción identitaria. De ahí que cada comunidad posea una individualidad, unas particularidades. Empero, es importante anotar que más allá de una delimitación geográfica el territorio es una comunidad de sentido. Para Marc Auge (1992):

El dispositivo espacial es lo que expresa la identidad del grupo (los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que lo funda, lo reúne y lo une) y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido (p. 51).

Es así como la “organización del espacio y la constitución de los lugares, son en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales” (Marc Auge, 1992, p. 57). Entonces, las colectividades, tanto los que las dirigen como los que las integran, tienen la necesidad de pensar la manera de inscribir en el espacio la identidad compartida por cada uno de los individuos que componen el grupo, creándose un recorrido cultural a través del espacio que permite reiterar dicha identidad y reconocerla continuamente, reafirmando entre los miembros del grupo y las generaciones futuras o nuevos integrantes. El lugar o espacio se convierte así en principio de sentido para aquellos que lo habitan. En este orden de ideas el espacio territorial será siempre histórico, contextual y coyuntural. Mientras las personas que habitan un lugar específico viven su cotidianidad, forjan una identidad determinada y ésta queda grabada en esos puntos específicos que componen el territorio habitado, construyendo inconscientemente una historia social que procura que dicha identidad perdure en el tiempo.

Sin embargo, la modernidad se ha caracterizado por su movilidad, la movilidad económica y cultural, lo cual exige re-pensar la metáfora de raíz, pues ésta va en contravía con el constante flujo de la era de la inmediatez:

El arraigo es fruto de la existencia de una cultura cuyo territorio se encuentra cartografiado. En el mundo contemporáneo este postulado ya no es satisfactorio. Los individuos poseen, por cierto, referencias pero no propiamente raíces que los fijen físicamente al milieu<sup>1</sup> [...] En este sentido, las sociedades contemporáneas viven una territorialidad desarraigada. Ya sea entre las franjas de espacios, desapegadas de los territorios nacionales, o en los “lugares” atravesados por fuerzas diversas. El desarraigo es una condición de nuestra época, la expresión de otro territorio (Ortiz, 1998, p. 42).

Un territorio que podríamos nombrar como flotante en el que los mensajes, los símbolos y todo aquello que compone la cultura “circula libremente en redes desconectadas de este o aquel lugar”. Sin lugar a dudas, las relaciones de producción típicas del sistema capitalista han desintegrado la forma de concebir el espacio

---

1 *Milieu*, en francés, se refiere al centro ubicado en la mitad exacta de un espacio.

territorial, dejando en sus manos la construcción del territorio, su resignificación y uso, pues como lo expresa Patricia Reyes (2013) “a través del mercado mundial de mercancías y capitales, (el capitalismo) combinó las diferentes formaciones sociales” (p. 23). En consecuencia, se da paso a una nueva forma de planificación espacial reemplazando la planificación territorial para los habitantes de dicho territorio, por una planificación estratégica basada en partidas contables de materias o balances financieros (Lefebvre, 1974).

De acuerdo con Reyes, y situándonos un poco más en el contexto latinoamericano del desarrollo capitalista, este sistema da sus primeros pasos con la constitución de las haciendas en el siglo XVII como propiedad de explotación de los colonos en una estructura semiservil dando paso al trabajo asalariado en precarias condiciones. Luego, con la decadencia de la acumulación europea y las luchas independentistas latinoamericanas, la división territorial se transformó y con ella las relaciones sociales, las formas de vida y por supuesto la identidad que se encaminaba hacia una necesaria construcción nacional. Más adelante, entre los años 1848 y 1873 el capitalismo asciende y los mercados latinoamericanos se abren hacia la exportación de materias primas en donde los antes luchadores libertarios se convirtieron en los explotadores de la fuerza de trabajo campesina, formalmente libre pero atada a la tierra por cuotas de endeudamiento y represión. Con el advenimiento de la industrialización, la entrada de la modernidad y el desarrollo en el transporte y la comunicación el cambio demográfico fue significativo dándose un mayor desplazamiento hacia las ciudades y áreas productivas mineras y agrícolas. El cambio en la relación con la tierra y el territorio repercutió en la construcción del tejido social y las identidades individuales y colectivas de la sociedad, especialmente la campesina.

Con el fortalecimiento de la burguesía industrial y los terratenientes, la inconformidad campesina aumentó sin conseguir ser escuchada hasta el día de hoy (prueba de ello es la espera de una reforma agraria) llegando a escalar hasta lo que conocemos como “la violencia”. Con el fin de la segunda guerra mundial y las modificaciones geopolíticas en un mundo ya capitalista, el discurso desarrollista caló en los países tercermundistas, inscritos en las dinámicas de las nuevas naciones potencias que ejercían por las vías de la regulación incidiendo en las políticas y agendas internacionales programadas por organismos de su creación como el Banco Mundial y el Fondo Monetario

Internacional. Entonces, modernidad y progreso son los temas principales de las agendas sociopolíticas y económicas llevando al borde la explotación mercantil.

En los 80 a causa de las salidas de choque a la crisis económica que se presentaba, el Estado acudió a la privatización y financiación del sector privado (el cual ya operaba en forma de maquila<sup>2</sup>) y a la desprotección de la sociedad ofreciendo salarios más bajo, disminución en el cubrimiento de salud, educación y trabajo provocando, entonces, agudos “problemas territoriales caracterizados por miseria, hambre, violencia y represión” (Reyes, 2013, p. 26). En este orden de ideas, la forma de interactuar con el espacio y reproducirlo en la cotidianidad se transforma. Con el inevitable avance del capitalismo los mercados se expanden buscando nuevos nichos de producción, se pasa, entonces, de producir en el espacio a producir el espacio dando paso a un profundo cambio en las fuerzas y relaciones de producción que ha marcado un hito en la forma de entender el territorio (Ortiz, 1998; Lefebvre, 1974).

Ante este entramado del uso estratégico del espacio como instrumento, los tecnócratas, como los denomina Lefebvre, son quienes se encargan de planificar para qué y cómo se debe hacer uso del espacio de manera provechosa y estratégica. Es allí donde se reproducen las relaciones de producción capitalistas. De cara a la complejidad que supone la producción del espacio, a los tecnócratas se suman los bancos, las autoridades administrativas y políticas y cada uno de estos “interventores” conciben el espacio en escalas diferentes: a gran escala o a escala privada.

Para el caso de Usme la zona del borde urbano rural se caracteriza por ser una zona de transición entre la ciudad y el campo, compuesta por multiplicidad de viviendas construidas por sus habitantes, largas zonas verdes, fincas productivas y una riqueza hídrica única. En este territorio encontramos, por un lado, una comunidad tradicionalmente campesina, con costumbres propias de su relación productiva con la tierra; por otro lado, encontramos una gran población urbana que ha llegado

---

2 La maquila encarna la transnacionalización de la fuerza de trabajo, estrategia utilizada por las empresas para garantizar el aumento de la ganancia haciéndolas permanentes al reubicar los procesos productivos en países tercermundistas cuya población ávida de trabajo acepta las explotaciones y violaciones de derechos humanos para garantizar el desarrollo de su país y la plusvalía para los monopolios capitalistas.

a la zona de borde para construir un refugio del conflicto armado interno y de la violencia estructural que sufre nuestro país; y finalmente están los habitantes nacidos y criados en la zona de borde quienes han convivido con el territorio por generaciones y por lo tanto liderado procesos por su valoración y la apropiación de las riquezas de la zona.

Estas identidades son puestas en riesgo ante la crisis suscitada a partir de los planes de urbanización que hacen parte del macroproyecto de expansión urbana sobre el borde urbano rural puesto que con la aprobación del POT en el año 2000 y la posterior modificación en 2004 el Gobierno Distrital, a través de la Secretaría de Hábitat y Metrovivienda (MT)<sup>3</sup> planeó el crecimiento de la capital haciendo uso de terrenos tradicionalmente rurales, plan que se llevaría a cabo a través de la Operación Estratégica Nuevo Usme (OENU), la cual según MT es el “instrumento para desarrollar un territorio equilibrado que permita conservar la diversidad del medio ambiente, el aprovechamiento sostenible de recursos y desarrollar vivienda, servicios urbanos y actividades productivas ligadas a los productos del oriente del país para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.” (2008, p. 1). De igual forma, y como parte de esta misión organizadora del territorio, se buscaba reubicar a familias asentadas en casas construidas de manera ilegal a raíz del desplazamiento forzoso que sufrió el país por el conflicto armado, puesto que, y de acuerdo con Metrovivienda, “Este tipo de asentamientos no sólo traen costos para la ciudad sino que también ponen en peligro al medio ambiente y a las mismas familias que las habitan ya que son construidas sin medir los riesgos de los terrenos” (Metrovivienda, 2008, p. 1).

De esta manera, en 2003 MT congela los precios del suelo e inicia el proceso de adquisición de terrenos para la construcción de la OENU, el cual se financiaría como

---

3 De acuerdo con la misión publicada en la página web de la institución, Metrovivienda es “una empresa industrial y comercial de la Alcaldía Mayor de Bogotá que promueve la construcción y adquisición de vivienda de interés social en la ciudad, con el propósito fundamental de garantizar a los sectores más vulnerables y desfavorecidos una vivienda y un hábitat digno, que les brinde acceso a servicios públicos, zonas de recreación, áreas para equipamientos urbanos, y en general, de espacios que promuevan el ejercicio efectivo los derechos humanos integrales. Para llevar a cabo su función actúa como operador inmobiliario del distrito que organiza, garantiza y articula una oferta diversificada y una demanda de vivienda de interés social, a la vez que contribuye a una urbanización planificada, incluyente y ambientalmente sostenible”. (Recuperado Abril 2013 en [www.metrovivienda.gov.co](http://www.metrovivienda.gov.co))

proyecto asociativo, es decir, el Gobierno invertiría en la compra y adecuación de los terrenos para que luego las constructoras privadas licitaran la construcción y venta de las viviendas de Interés Social (VIS) y las viviendas de interés prioritario (VIP) entre las cuales se reubicarían a las familias de barrios ilegales, campesinos cuyas tierras se integrarían al proyecto y a demás familias de escasos recursos.

Las políticas de construcción del proyecto apuntaban a preservar y cuidar el medio ambiente prestando especial atención a las fuentes hídricas, ofrecer diversos modelos de viviendas que permitan el desarrollo productivo y social de las familias procurando fortalecer las dinámicas de borde, previniendo choques culturales y fortalecer el tejido social. De igual forma, la participación de los habitantes y futuros habitantes constituye un punto prioritario en la agenda de MT frente a la ejecución del proyecto. Sin embargo, a lo largo de la construcción de la OENU la percepción de desalojo forzado e injusto hace mella en las familias de Usme, pues las casas en las que van a ser reubicados no satisfacen las necesidades de sus futuros habitantes y el precio de compra de los inmuebles no corresponde con el valor que sus habitantes saben que tienen comercialmente y tampoco con el valor patrimonial de sus hogares. Adicionalmente, los habitantes del borde sur reconocen y denuncian que el proceso de reordenamiento territorial desarticula el tejido social de las comunidades y trunca la relación con el territorio desarraigando la identidad de sus habitantes en un proceso que no se estaba dando de manera transparente y justa:

“Los diseños de las construcciones son hacinamientos, no hacen intervención en hospitales ni benefician a la comunidad para vivir dignamente, donde por lo menos se pueda respirar [...] el Estado dice: –aquí hay que romper esto–, pero no tienen en cuenta los problemas de la comunidad. Pero aquí los que tienen mascotas, olvídense de ellas porque en un apartamento de esos no los pueden meter. Se cambian las prácticas habituales de la comunidad. Se construyó cerca de las quebradas y dice la norma que son 30 metros” (Julio Villamil, habitante del barrio San Juan de Usme, Yopal-Pedregal, 2012).

“El territorio cumple una función social. Y ahora nos están ubicando sin tener en cuenta las problemáticas de cada una de los habitantes” (Hombre de edad media, Habitante de habitante del barrio Yopal-Pedregal, 2012).

“Y también hay algo y es que acá, apenas llegamos las primeras urbanizaciones, lo primero que hizo Centro Hábitat fue decir que acá no se podían construir casas de más de dos pisos porque acá hay riesgo de remoción en masa. Luego, se cambia ese reglamento” (Ana María Castellanos, Habitante de Nuevo Usme, 2012).

Ignorando las denuncias hechas por los habitantes del borde urbano rural, la OENU continuó y durante la segunda mitad del 2006, MT adquirió los terrenos correspondientes a la Hacienda El Carmen, abarcando 30 hectáreas del territorio entre el barrio el Oasis, el pueblo fundacional de Usme y las veredas campesinas el Uval y la Requilina. Para finales del mismo año, durante el proceso de adecuación del suelo Metrovivienda descubrió varios restos óseos y vasijas con características de la tradición alfarera Muisca. En marzo de 2007 líderes campesinos de la zona denunciaron el hallazgo alertando sobre el mismo a las autoridades locales y al ICAHN produciéndose entonces la detención temporal de las obras de construcción de la Operación Estratégica Nuevo Usme y el inicio de los estudios correspondientes por parte del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, en cabeza del profesor Virgilio Becerra.

A partir del descubrimiento del cementerio, las inconformidades y desacuerdos por el proceso de expansión Urbana, que ya llevaba siete años, se agudizan y salen a flote como producto de la gestión de denuncia y defensa del territorio adelantadas por las organizaciones sociales, campesinas y ambientales de Usme, así como por agentes externos quienes preocupados por la crisis de hábitat y las irregularidades en el proceso, y llevados por la curiosidad y el asombro del hallazgo arqueológico, unen esfuerzos con la comunidad de Usme.

Dadas las circunstancias en que se da el descubrimiento del cementerio, los choques entre los habitantes del borde sur con Metrovivienda se incrementan y agudizan, y el rechazo por la construcción de nuevas viviendas y el desalojo de los barrios declarados como alto riesgo de remoción en masa alcanzan nuevos niveles. La percepción de MT como amenaza para el territorio y las formas de interacción con él crecen con el silencio que la entidad guardó frente al descubrimiento para poder seguir con las obras.

Esta aguda situación refleja la crisis alcanzada por el capitalismo como sistema económico, político y social pues tal como lo expone Lefebvre (1974) ésta reproducción es cada vez más incierta pues la producción capitalista del espacio está más y más llena de contradicciones y “la reproducción de las relaciones sociales de producción, asegurada por el espacio y en el espacio, implica, a pesar de todo, un uso perpetuo de la violencia” (p. 223). De igual forma, nuevas contradicciones se van sumando a las que ya había definido el imperialismo sobre el espacio dominado y dominante. Una de las principales contradicciones es la capacidad de concebir y usar el espacio a escala planetaria desdibujando las fronteras y por otro lado este se encuentra pulverizado por la propiedad privada para ser comprado y vendido al tiempo que hay un inverosímil caos espacial.

### **MEMORIA Y PATRIMONIO: CONSTRUCCIONES Y ENCUADRAMIENTOS EN UN EJERCICIO POR LA DEFENSA DE LA IDENTIDAD**

De cara a este panorama repetitivamente crítico, se forjan nuevas relaciones productivas y sociales con el espacio, se da entonces una reflexión en torno al desarraigo sufrido por la incursión del capitalismo en las formas de organización territorial, los territorios flotantes no satisfacen los vínculos indentitarios que se forjan de la relación con el territorio específico en el cual se nace y/o crece (Ortiz, 1998). De allí que se creen redes por la defensa del territorio alrededor de una “gestión social colectiva de las escaseces” (Lefebvre, 1974, p. 225), donde la ausencia de recursos básicos para vivir dignamente (como el agua, la luz, el aire, el espacio mismo) se convierte en referente para la resistencia, entre otras cuestiones, al crecimiento descontrolado de las ciudades y a la correspondiente pérdida, por la vía de la hibridación, de los valores y sistemas de configuración socio histórica tradicionales que sustentan las prácticas vitales de las comunidades.

Así, se presenta el momento coyuntural ideal para el afloramiento de las memorias subterráneas, las cuales se oponen a las memorias oficiales instauradas de manera hegemónica, de esta manera la memoria entra en disputa entre grupos sociales donde los marginados buscan crear un espacio de comunicación de sus recuerdos en defensa de su identidad individual y colectiva (Pollack, 2006). Es así como la memoria

colectiva, entendiéndola como las concepciones, transmisiones y usos del pasado de un mismo grupo social (Halbawch, 2004) toman forma en un encuadramiento de la memoria (Rousso, 1990) organizando acontecimientos e interpretaciones del pasado alimentándose del material provisto por la historia vivida del grupo, las memorias directas, producto de la experiencia de primera mano del individuo o el grupo al que pertenece, o las memorias heredadas de generaciones pasadas u otros miembros del grupo y que se transmiten mediante proyecciones e identificaciones con dicha experiencia (Pollack, 2006). Este material puede ser interpretado y combinado con diversas referencias asociadas, preocupándose no sólo por conservar la cohesión interna sino por transformarlas dando paso a un trabajo de reinterpretación y reconstrucción de “una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad” (Halbawchs, 2004, p. 10). Entonces, podemos hablar de la memoria como estrategia de transformación del presente con miras hacia el futuro usando el pasado como referencia, de esta manera el agenciamiento de recuerdo cobra un rol político por la defensa del territorio y el hallazgo a partir de un vínculo moral con estos (Rapaport, 2005).

En el caso que nos convoca, estas memorias subterráneas encuentran salida a través de los discursos patrimoniales que se empiezan a forjar a raíz del cementerio encontrado, convirtiéndolo en un lugar de memoria, (Piere Nora, 2008), en un elemento simbólico que representa una oportunidad clave para la defensa del territorio, pues en él se encuentra un patrimonio cultural tangible e intangible que debe ser defendido, al tiempo que refleja la construcción que han hecho sus habitantes de lo que es Usme y a través del hallazgo pueden retomar y visibilizar los más de 10 años de trabajo comunitario por el respeto de la localidad y sus habitantes, así el patrimonio se convierte en un “aparato ideológico de la memoria” (Candau, 2002).

De esta manera, la comunidad se integra en la divulgación del hallazgo arqueológico resaltando su importancia así como las características que tiene Usme y la zona de borde y su importancia para toda la ciudad:

“Usme es mucho más importante de lo que hoy se está mostrando en el papel, porque Usme es una sostenibilidad del futuro para Bogotá. Nosotros, los campesinos de la zona rural, no estamos pensando simplemente en nuestra finca, estamos pensando

en el futuro que va a cambiar a Bogotá y nos va a cambiar a nosotros en el territorio como tal” (Jaime Beltrán, líder campesino de Usme, 2011).

“Usme representa muchas cosas para lo que hoy somos en Bogotá, pues fue esa puerta de entrada al altiplano central de Colombia y al maravilloso páramo de Sumapaz, que es una estrella de las aguas, en donde salen ríos para todo lado. Efectivamente, el Usme de hoy significó muchísimo más en el pasado para todos los bogotanos, que lo que representa en el día de hoy” (Virgilio Becerra, Antropólogo UNAL, 2011).

“La necrópolis o el cementerio indígena muisca, se remonta a antes de la llegada de Jesucristo y, entonces, aquí se han encontrado cuerpos y una cantidad de elementos que le dan la importancia y la relevancia que este territorio fue un territorio ocupado, primero, y que segundo, éste era el lugar de descanso, de ofrenda, de hacer la unión entre (...) el agua cósmica y el agua terrenal. Por eso Aos, el universo contenedor del agua donde existe todo. Por eso no es indígena, ni indio, es aborigen. Por ese elemento original” (Héctor Vásquez Morris, líder comunitario ambiental, director de la fundación Casaasdoas, habitante de Usme desde su nacimiento, 2012).

“Nosotros creemos que cuando los habitantes, los guardianes o los seres que pueblan un territorio se duerme, se olvida, se adormece el pensamiento originario, pues el otro que no sabe, que no respeta, que no cuida la madre tiene la posibilidad de entrar. Entonces nosotros pensamos que la forma de resistir es encontrar esa raíz, esa identidad, esa pertenencia con la naturaleza con el territorio, pa’ poder cuidar, pa’ poder preservar” (Abuelo Ualcalá, Sabedor Cabildo Bosa, 2012).

En esta línea de ideas la comunidad se suma a la Universidad Nacional, que en cumplimiento de su deber de socializar los hallazgos, organizó diversas actividades de conocimiento y reconocimiento del patrimonio cultural que la hacienda representa para garantizar su respeto y protección. Paralelamente, las organizaciones de Usme, y los líderes campesinos hacían un llamado a las comunidades indígenas Muiscas de Bogotá para que fueran integradas al proceso, pues dadas las características del

hallazgo los cabildos Mhuysqas debían ser participes en la defensa del lugar y la toma de decisiones sobre el mismo, sin embargo esta participación se veía impedida por las limitaciones que imponían las políticas del Estado, pues en Usme no existe un cabildo indígena reconocido por el Ministerio del Interior y no se permitía la injerencia de los cabildos reconocidos en la ciudad, a pesar de la presión hecha por los mismos al declararse dolientes del lugar.

Luego, para septiembre de 2008 y ante la expectativa de las comunidades de Usme, Metrovivienda y los cabildos Mhuysqas, el arqueólogo Virgilio Becerra, en representación de la Universidad Nacional, presenta un plan de manejo que contempla la creación de un parque arqueológico con un museo, bibliotecas, bodegas de almacenamiento de los cuerpos, aéreas de estudio y un área productiva de alimentos tradicionales y artesanías, para integrar el área rural y a la comunidad campesina, así como la construcción de vivienda en áreas no densas arqueológicamente. El plan de manejo fue aprobado por el ICANH en diciembre del mismo año, pero rechazado por las comunidades de Usme, pues este mantiene el proyecto de construcción de vivienda, y por el pueblo Mhuysqa, pues no fueron incluidos en el proceso manteniéndose una única lectura e interpretación del significado que tiene el hallazgo.

De esta manera, al conflicto de la expansión Urbana se suma la presunta monopolización del saber y de la gestión patrimonial en manos de la academia y del Distrito, generando choques entre la institucionalidad y las personas que se declaran dolientes del territorio. El mayor choque se ha dado entre la academia y el pueblo Muisca de Bogotá, pues estos últimos sienten que su saber es despreciado y no se les permite participar en la construcción de propuestas para la toma de decisiones sobre el hallazgo.

“(…) Desafortunadamente llegó la máquina, excavó y nos encontramos con el antropólogo Virgilio Becerra que dice que acá no hay Mhuysqas, aquí no hay pueblo Mhuysqa, soy más Mhuysqa yo, dijo él, que es un absurdo, un insulto. Tuvimos un ejercicio de consulta, el Idpac [Instituto Distrital de Participación y Acción Comunal] nos llama a nosotros para que nos sentáramos con la Universidad Nacional, que era quién tenía en esos momentos la custodia de

los hallazgos, y [la reunión] fue algo manejado, porque es que el antropólogo dijo —listo vamos a participar, construimos la metodología para unas charlas donde él dijo: —no, las charlas las voy a dar yo. El entendimiento puede ser válido desde el punto de vista técnico, y dijimos: —y dónde está el entender del pueblo Mhuysqa desde los sabedores, desde los mayores, y dijo: —No, es que eso no es válido, el reconocimiento del antecedente histórico lo voy a dar yo. ¿Y dónde queda el reconocimiento Mhuysqa? [...]La importancia puede estar para el antropólogo desde la historia de cuántos años puede tener ese hueso, cuántos años tiene esa cerámica, desde el concepto clínico, pero no han pensado en la importancia de ese tesoro inmaterial que está ahí guardado, que para nosotros es importante” (Henry Neuta, Vice-Gobernador del Cabildo Mhuysqa de Bosa, 2012. Curso Intersemestral de Memoria de la USTA).

“(...) Por eso [es importante] reconstruir la memoria a través de la tradición oral, porque esto es muy difícil encontrarlo en los textos, es más, los cronistas, que son los que casi siempre nos ponen a leer y de los que se retoman los textos, nos han hecho una tergiversación de lo que era este territorio, quiénes eran los que vivían aquí y cómo era su cultura. Claro, siempre nos cuentan “después de” y no “antes de”. Siempre nos dicen: “llegaron, hicieron y construyeron”.

Entonces, todas estas cosas que nos han contado, pues nosotros no es que les estemos dando la vuelta, sino que estamos encontrando —de alguna forma— cómo educarnos nuevamente. Hay una cosa que es muy importante que es descolonizar el pensamiento. Siempre tenemos esa parte de la formalidad de las cosas, de los protocolos y pues aparte de eso por eso estamos así, por todo ese movimiento de cultura que nos colocó como esos 500 años de ropajes, póngannos y póngannos prendas y se nos han olvidado muchas cosas” (Héctor Vásquez Morris, líder comunitario ambiental, director de la fundación Casaasdoas, habitante de Usme desde su nacimiento, 2012).

A pesar de las quejas, para el segundo periodo de 2009 y durante todo el 2010 se realizó la segunda fase de investigación arqueológica, esta vez financiada por la Universidad Nacional y Dirigida por el profesor Virgilio Becerra y Luisa Verónica Ramírez. Esta fase buscaba indagar sobre los aspectos simbólicos del pensamiento

de la población indígena pre-hispánica. De igual manera Metrovivienda continúa con los proyectos de urbanización divulgando e iniciando construcciones en sectores aledaños a la Hacienda. Frente a esta situación las acciones por parte de las diferentes comunidades se disparan por temor a que con la pérdida del hallazgo y el territorio de borde que lo alberga se perdieran también la tangibilidad de las memorias de años de marginalidad, injusticia y lucha por parte de la comunidad campesina, la comunidad Mhuysqa y las organizaciones sociales y ambientales de Usme, volviendo a la abstracción discursiva sin un punto de anclaje reciente que las abandere.

Finalmente en 2012 las presiones y denuncias de las comunidades de Usme parecen tener respuesta, pues con el cambio de Administración Distrital, se generan espacios para propiciar la participación activa de todos los actores, incluyendo a las comunidades indígenas y a los habitantes de Usme, en colaboración con la academia y las instituciones distritales, en la planificación del nuevo POT (Plan de Ordenamiento Territorial) respetando las fuentes hídricas, la planificación del patrimonio inmueble, en especial frente al uso del territorio, asegurando el hábitat digno.

Como parte de la tarea trazada por nueva Administración Distrital, la contraloría de Bogotá realiza una Auditoría a Metrovivienda y a la Secretaría Distrital de Planeación en diciembre de 2012 en relación a la OENU, pues durante todo el tiempo de planeación y ejecución no se había realizado ningún tipo de control por parte del Gobierno Distrital.

En el informe, se refleja el incumplimiento de los pasos necesarios para llevar a cabo el proceso de intervención territorial de manera integral y transparente que dictaminan los mismos planes de ordenamiento y planes estratégicos diseñados y ejecutados. En esta línea de ideas, la Contraloría examina y concluye que la Secretaría Distrital de Planeación no realizó el seguimiento correspondiente a la OENU, por lo que “no dispone de información relacionada con aspectos urbanísticos, sociales, económicos y ambientales” (2012, p. 11) en consecuencia ninguna de las políticas divulgadas por Metrovivienda como guías del proyecto fueron incumplidas, los plazos programados para las construcciones no se acataron y los recursos invertidos no justifican la falta de progreso en las obras. De igual forma, el resultado de la auditoría deja ver la falta

de participación por parte de las comunidades, la irregularidad en la adquisición de los terrenos y en los estudios ambientales. Sobre este último punto el organismo de control evidenció que la OENU estaba contemplada a construirse sobre una reserva forestal declarada desde 1974 que protege la cuenca alta del Río Bogotá y de la cual tanto el Ministerio como la Secretaría de Ambiente tenían conocimiento, de igual manera las cuencas y ríos estaban siendo contaminadas con las construcciones hechas. Por otro lado, los resultados de la investigación confirman que el proyecto de expansión hizo a un lado la identidad cultural del sector campesino, el cual no se ve inmerso en el proyecto, dejándolos sin ningún beneficio a pesar de que el proyecto buscaba la integración de esta población para fortalecer la productividad agrícola y las redes de abastecimiento con los llanos orientales.

A raíz de las medidas tomadas por el nuevo gobierno, el afán de frenar la expansión y de hacer respetar el territorio parece solventado y la atención recae en la gestión patrimonial del hallazgo, respondiendo a las preguntas de qué y cómo se hará esa gestión.

## **DEL DISCURSO PATRIMONIAL INSTRUMENTAL A LAS MEMORIAS PATRIMONIALES DISIDENTES: GESTIÓN Y USO SOCIAL DEL PATRIMONIO**

Como se expuso anteriormente, el encuadramiento de la memoria colectiva depende de los marcos sociales en la que es construida, es decir del contexto que viven los actores en el presente, por lo tanto las modificaciones que sufre el contexto repercuten en el agenciamiento de recuerdos, su sentido discursivo y sus objetivos políticos. En consecuencia y dadas la multiplicidad de factores actores que intervienen en el conflicto del borde urbano-rural de Usme, la fluctuación de su contexto es inevitable como también lo es la recomodación de las memorias y sus fines, en especial si se tiene en cuenta que los sujetos que construyen discursos de memoria tienen diferentes marcos referenciales y por lo tanto identidades colectivas diferentes. Se da entonces una disputa entre memorias (Pollack, 2006) que se expresan en la construcción de los discursos patrimoniales puesto que como expresa Laurajean Smith (2011) uno de los usos del patrimonio es “validar y defender ciertas identidades y narrativas mientras valida también ciertas memorias por encima de otras, a menudo defendiendo dichas

memorias como patrimonio cultural de una nación o de la humanidad”. De allí que Smith retome a Samuel (En Reyes, 2013) para decir que el patrimonio es “uno de los movimientos sociales más importantes de nuestro tiempo” (p. 41).

En su trabajo, Smith conceptualiza dos formas de entender el patrimonio: una desde la interpretación del patrimonio como una cosa, un lugar o un evento único que hay que preservar pues recoge memorias y visiones del pasado particulares, en esta medida el patrimonio es cuantificable, medible y catalogable, permitiendo una mayor facilidad su control y confinamiento. La otra conceptualización parte de concebir el patrimonio como un proceso cultural permitiendo una mirada crítica que examine las consecuencias que conlleva el definir algo como patrimonio, permitiendo, también, el considerar lo que ha sido olvidado y la razón de tal olvido.

La primera concepción ha sido dada y defendida por arqueólogos, arquitectos y antropólogos desde el siglo XIX, quienes encuentran en los objetos patrimoniales (objetos, lugares, paisajes no renovables y estéticos) un valor innato y heredable, y que deben ser protegidos y preservados por las generaciones que los heredan permitiendo que éstas comprendan su lugar en el mundo a partir de la captura de la esencia del valor innato de estos objetos patrimoniales, dando lugar a la noción de “herencia encapsulada” (Smith, 2011), constituyendo a su vez el discurso patrimonial autorizado (DPA) y valorando los orígenes de la nación (Candau, 2002).

Bajo el discurso patrimonial autorizado, los profesionales de la materia, anteriormente enunciados, pasan a ser los guardianes del pasado humano y los encargados de comunicar el valor del pasado encarnados en el patrimonio a la nación, sin ningún cambio y evitando que el mismo sea desafiado. Con esto también garantizan el acceso a la información patrimonial sin restricción alguna logrando que sus conocimientos, valores y pronunciamientos tengan un lugar privilegiado en las esferas de debate y construcción del patrimonio por parte de las élites. (Smith, 2011).

Mediante el DPA se reafirma el imaginario de que el patrimonio representa todo aquello que es glorioso y bueno acerca del pasado, dejando de lado lo oscuro y negativo que el mismo encierra, estableciéndolo como un patrimonio disonante ilegítimo y por lo tanto inválido. Estos preceptos construyen a su vez la identidad

y los valores culturales de aquella sociedad dueña de dicho patrimonio, entonces, el DPA “no sólo construye una definición particular del patrimonio, sino también una mentalidad autorizada, que se implementa para entender (y lidiar con) ciertos problemas sociales centrados en exigencias a la identidad y al patrimonio”. (Smith, 2011, p. 44). Hay que tener en cuenta que estos procesos patrimoniales coinciden con la formación de las nuevas naciones libres en América, el nacimiento y desarrollo del capitalismo y el romanticismo como movimiento cultural y político.

En consecuencia, las otras comprensiones e interpretaciones del patrimonio, en especial las disidentes, quedan excluidas negando las comprensiones “diversas, multiculturales o transnacionales del pasado y el presente” (Smith, 2011, p. 45). Adicionalmente, el DPA sesga la producción cultural y los procesos de manejo, conservación y curaduría; y deslegitima los debates que se generen en torno a la visión oficial de interpretar el pasado y el presente y su “modus operandi”.

En este sentido, para Smith, el patrimonio:

no es la cosa, el sitio ni el lugar: el patrimonio son los procesos de creación de sentido y de representación que ocurren cuando se identifican, definen, manejan, exhiben y visitan los lugares o eventos patrimoniales. El patrimonio puede ser entendido útilmente como una representación subjetiva, en la que identificamos los valores, la memoria y los significados culturales y sociales que nos ayudan a dar sentido al presente, a nuestras identidades, y nos dan una sensación de lugar físico y social. El patrimonio es el proceso de negociar los significados y valores históricos y culturales que ocurren en torno a las decisiones que tomamos de preservar o no ciertos lugares físicos, ciertos objetos o eventos intangibles, y la manera en que entonces los manejamos, exhibimos o llevamos a cabo (2011, p. 45).

De esta manera, el patrimonio es “un proceso cultural que tiene que ver con la negociación de la memoria, la identidad y el sentido de lugar. Es un proceso activo de recordar, olvidar y conmemorar que se implementa para ayudar a navegar y mediar el cambio cultural y social, así como temas sociales y políticos contemporáneos”. (2011, p. 42).

Volviendo nuestra mirada sobre el caso que nos convoca y teniendo en cuenta la nueva coyuntura, las interpretaciones y posturas frente al uso social del patrimonio, lo que se debe hacer con el hallazgo y cómo debe hacerse, salen a flote en un esfuerzo por definir de una vez por todas su futuro, evitando así la pérdida de este patrimonio que es reconocido como invaluable por muchos de los habitantes de Usme, pueblo Mhuysqa y expertos en la materia. De esta manera se reafirma la defensa del hallazgo, como parte de un territorio en crisis. Por supuesto esta defensa tiene los mismos tintes de arraigo y pertenencia que el resto del territorio de borde, sin embargo a esta defensa se suman muchas más voces y se visibiliza con mayor fuerza la construcción identitaria y de pertenencia. Sin embargo, al haber tantas posiciones disímiles se generan choques por la interpretación del patrimonio y los discursos que la justifican. De cara a esta situación y buscando conciliar posturas y resolver dudas, como parte de la apuesta comunicativa de esta investigación, se empiezan a gestionar y coger espacios de encuentro entre las diferentes instituciones y actores interesados en la Hacienda El Carmen y el cementerio Muisca.

Así, por una lado está la visión académica, en cabeza de la Universidad Nacional y representada por Virgilio Becerra y expresada en el plan de manejo arqueológico de 2008, posteriormente apoyada por el sector campesino y algunas de las organizaciones ambientales y sociales de Usme, pues con el tiempo el profesor se unió a los esfuerzos por frenar la expansión. Del otro lado se encuentra la comunidad Mhuysqa y algunas otras organizaciones de Usme que buscan la integración de saberes ancestrales en el discurso patrimonial avalado por el Estado y una participación activa y horizontal en las decisiones que se tomen sobre el hallazgo y el territorio circundante, cuestionando la exhibición de los cuerpos como un objeto desprovisto de respeto.

Así las cosas, la gestión del patrimonio oscila en la construcción de un museo que recoja y exhiba la historia<sup>4</sup> de la población Mhuysqa desde un discurso patrimonial

---

4 El debate sobre lo que diferencia a la memoria de la historia ha sido abordado por varios estudiosos de manera amplia, sin embargo retomaremos a Candau para referirnos al tema: “Ambas son representaciones del pasado pero la segunda tiene como objetivo la exactitud de la representación en tanto que lo único que pretende es ser verosímil. Si la historia apunta a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca, más bien, instaurarlo, instauración inmanente al acto de memorización. La historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela un poco como lo hace la tradición. La preocupación de la primera es poner orden la segunda está

autorizado o la construcción conjunta de sentidos que refleje las identidades de todos los actores inmersos en la problemática desde un diálogo intercultural. En esta línea de ideas los argumentos de cada parte se construyen en un nuevo encuadramiento de la memoria colectiva, pues ahora el hallazgo pasa a ser un espacio de unión a un espacio de convergencia:

“El territorio es el lugar donde se recrea el espíritu, pero dentro de ese territorio también tiene cabeza, también tiene brazo, también tiene pulmón y dentro de ese territorio Muisca también está el territorio del hallazgo Muisca como corazón, y para nosotros tiene dos connotaciones el hallazgo en el territorio de Usme. El primero es un acto de amor por parte de nuestros ancestros y nuestros abuelos al ellos emerger de ese sueño profundo para decirnos a sus hijos que estamos despertando —aquí están sus abuelos, ustedes no están solos, son nuestros nietos, nuestros hijos venimos acompañar—, eso muestra que ese proceso del amanecer muisca es verdad, nuestra tradición... y esos abuelos vinieron a decir estamos con ustedes” (Abuelo Ualcalá, sabedor Mhuysca – Cabildo Bosa. Voces Ausentes USTA, 2012).

“[...] Sitios que son sagrados y que son de respeto, y que deben cuidar preservar y no tocarlos, no dañarlos, si no que se mantengan y se respeten, caso del cementerio Usme, eso es para cuidarlo [...] y no utilizarlo como una mercancía más para que siga generando ganancia y sí desequilibrando la armonía que debería haber” (Janeth Neuta, miembro Cabildo Mhuysqa de Bosa, 2012, curso intersemestral de memoria USTA).

“El sitio es para todos los Muiscas, es sagrado, un lugar de ceremonia donde hay mucha sabiduría que dice cómo era nuestro Pueblo y cómo seguir siendo nosotros” (Abuela Yanguma, miembro PNMCh, 2012, Foro “Hacienda El Carmen: Dolientes del Patrimonio” USTA).

---

atravesada por los desórdenes de la pasión, de las emociones y de los afectos. La historia puede legitimar, pero la memoria es fundacional. Cada vez que la historia se esfuerza por poner distancia respecto al pasado, la memoria intenta fusionarse con él”. (Candau, 2002, p. 56-57)

Sin embargo, la percepción de algunas comunidades de Usme es que el pueblo Mhuysqa busca tomar propiedad sobre el hallazgo y que ante la creciente notoriedad recibida por parte de las instituciones las luchas que se han sostenido en el borde urbano-rural, especialmente la lucha de las organizaciones campesinas, se estaban eclipsando temiendo que el tema de la ancestralidad se convierta en un cliché y este conflicto se transforme en un conflicto por el reconocimiento étnico y se olvide de las crisis territorial en la que la Hacienda se convierte en la línea delimitadora de la ciudad y el campo:

“Yo sé que el hallazgo arqueológico es uno de los más importantes a nivel de Sudamérica y hacemos parte y nos duele también el manejo que se le ha venido dando porque principalmente la comunidad campesina, residente hoy en Usme, fuimos los que nos dimos la pelea por denunciar y defender ese hallazgo arqueológico, sin embargo, la administración distrital en estos momentos está pensando en quién va a ser la entidad encargada de administrar ese hallazgo y cuál ha sido el manejo, sin embargo con gran preocupación también miramos que a los campesinos no se nos ha invitado, ni se nos ha tenido en cuenta o se nos ha preguntado —cuáles son las propuestas que ustedes quieren para el manejo del hallazgo arqueológico—, por otra parte, si bien es cierto que este hallazgo es muy importante y que debemos resaltarlo y que debemos darle una administración adecuada teniendo en cuenta los conocimientos de las culturas ancestrales, yo pienso y haría una reflexión frente a la institucionalidad, así como se ha pronunciado frente a las 8 o 32 hectáreas que están en la hacienda El Carmen, deberían darle una mirada más amplia a todo el territorio, a toda la cuenca, porque nosotros desde muchos años, mas de 12 años, [...] se debe empezar por tener en cuenta y construir con las comunidades residentes aquí en el territorio, porque si bien es cierto que hay unas comunidades ancestrales, que hay unas culturas, aquí en el territorio también hay una cultura y es la cultura campesina y es la que estamos residiendo acá [...] mi invitación es primero sentémonos, concertemos el borde rural, miremos las obras locacionales, los servicios que le van a ofrecer a la gente que llegó, que ya está ahí y que ya es un hecho y ahí si miramos otras cosas como la administración del hallazgo arqueológico” (Ana Otilia Cuervo, Líder Campesina y Comunitaria. Cabildo Metrovivienda, 2012).

Ante este panorama, el pueblo Muisca aclara que no buscan protagonismos ni titulaciones, lo que quieren es una participación activa para asegurar el respeto a la ordenanza del territorio y que el orden, la función espiritual que tiene el hallazgo, se reconozca, se respete y valore:

“Nosotros no queremos que nos titulen eso, ni que nos den el nombre nada de eso, las pretensiones no son materiales, [...] cada lugar tiene un orden, nosotros decimos respetemos el orden y respetando el orden o acordando en ese orden que se concibe desde la comunidad muisca sobre el territorio, pues que lo que se haga ahí respete ese orden, nosotros sólo pedimos eso, que se respete el orden y que una forma de respetarlo es que la arquitectura respete el orden, los materiales con que construya respete el orden, el propósito con el que se va a trabajar en ese lugar respete orden, y si se respeta otro son tenemos ninguna talanquera, no seremos piedra en el zapato para nadie sino lo que estamos tratando es que ese lugar pueda conservarse para lo que fue puesto para los abuelos [...] las pretensiones es brindarle a ese espíritu y a ese lugar de los abuelos, que trabajando ahí que están sentados día y noche, paz y tranquilidad para que sigan haciendo su tarea entonces [hay que] mirar que el espacio se pueda prestar para un encuentro cultural, un encuentro de saber, un encuentro multiétnico, pluricultural [para] empezar a trabajar el territorio, empezar a aportar, tenemos que buscar el espacio para poder aportar porque sentimos que podemos aportar, que tenemos la autoridad espiritual para aportar y la ciudad también debe reconocer” (Abuelo Ualcalá. Voces Ausentes USTA, 2012).

Por su parte, Virgilio Becerra resalta y defiende la preservación del hallazgo, y resalta la importancia de la unión para la gestión del hallazgo:

“¿Cuántos lugares pre-hispánicos tienen ustedes en Distrito Capital? Cuando más habrán ido al Museo del Oro, Museo Nacional, pero que haya un sitio arqueológico, algo que se diga: “aquí vivió gente que me antecedió, que me dio genes de los que tengo —muchos o pocos, pero tengo” y que es esta zona que podemos realzar en muchísimo tiempo porque tan sólo hemos trabajado el 1 % y llevamos 3 años. Entonces son 300 años de trabajo que necesitamos para gestionar todo esto, entonces ya toca trabajo para la gente más joven. Serán

los nietos de sus nietos quienes conocerán, tal vez, esto. Entonces, si estamos haciendo algo para construir un futuro, un lugar de memoria, el sitio podría convertirse en algo más allá para Colombia de la imagen de narcotraficantes, guerrilleros, violencia, paramilitares y el resto. Efectivamente, es que esto del pasado tiene su impacto en el presente. Entonces, todos debemos integrar nuestros saberes y potenciar nuestras competencias” (Virgilio Becerra, Antropólogo UNAL, trabajo campo. 2012).

Sin embargo esta unión, hasta ahora sólo se ha dado con algunas de las organizaciones de Usme y el campesinado de la zona, aún no se han dado diálogos con las comunidades de Usme, a pesar de los intentos por realizar un encuentro.

Por su parte Javier Reyes expresa que es necesario dialogar realmente y construir conjuntamente una propuesta que los represente a todos, pues sin desconocer el legítimo derecho de participación del pueblo Muisca, se debe de igual forma aceptar que finalmente son los usmeños, la comunidad de borde y las organizaciones las que conviven diariamente con el territorio en cuestión:

“Si bien son nuestros ancestros los que están ahí, es nuestro legado porque nosotros somos los actuales habitantes, y en ningún momento vamos a desconocer los cabildos o la memoria indígena, o todo lo que también puede representar para ellos que eso se reconoce, pero falta diálogo [...]; yo creo que ahí lo que hay son más cosas en común, que otra cosa. Ahora los indígenas se están moviendo con el consejo de Bogotá, y pueden declarar eso como parque arqueológico pues a nosotros eso no nos molesta, hay unos predios que están ahí y que se pueden utilizar de manera conjunta y hay que hablar con el cabildo; el tema es que ahí hay unos campesinos organizados que precisamente sobre ese aledaño al hallazgo hay un corredor agroecológico campesino que debe involucrarse directamente al hallazgo porque está en su territorio y terminamos diciéndole, vea, todo el tema espiritual eso es de su autoría, eso es de ustedes, eso no lo vamos ni a confrontar y lo respetamos profundamente, pero el tema de la gestión, de la gestión del territorio, de la administración del territorio es compartida y eso es lo que tenemos que charlar” (Javier Reyes, Asamblea Sur, Habitante de Usme desde nacimiento. Entrevista, 2012).

Frente al plan de manejo arqueológico presentado por el profesor Becerra y su aceptación y rechazo por parte de algunos miembros y representantes de las organizaciones sociales de Usme y el pueblo muisca, Reyes afirma que dicha propuesta es tan solo eso, una propuesta, elaborada como resultado de una primera fase investigativa que a su vez fue contratada por Metrovivienda para saber qué había allí y qué se podía hacer el marco de lo que estaba sucediendo pero no se ha tomado ninguna decisión y se sigue trabajando en una propuesta que recoja de mejor manera todos los intereses de por medio, buscando que la administración sea conjunta entre las comunidades bajo un modelo de Museo Comunitario y la gestión se dé con organismos internacionales a partir de la inversión inicial del Distrito. Sin embargo, hasta que el Distrito no defina los planes de construcción en Usme y los presupuestos necesarios, no se podrá avanzar.

## APUNTES FINALES

A través de la reconstrucción de lo sucedido en el borde urbano rural de Usme y del análisis de los imaginarios de los actores sociales, podemos apreciar como éstos, a raíz del desarraigo sufrido por la incursión del capitalismo en las formas de organización territorial, recurren a la reconstrucción de las memorias colectivas de cada grupo social como una estrategia para evidenciar la cohesión identitaria, tanto individual como colectiva, que justifica el tomar medidas en pro de la detención de la expansión urbana para la defensa del territorio, el reconocimiento de la riqueza de la localidad, el respeto por la dinámicas multiculturales y las practicas interculturales que se dan en la zona de borde, y por supuesto por el reconocimiento del hallazgo como un lugar de memoria que reúne de manera tangible la memoria de los pobladores, tanto los actuales como los que reposan allí y sus descendientes.

No obstante, la época postmoderna en la que vivimos es el resultado del aplastamiento de otras formas de pensamiento y de la asimilación, mas no integración, de las clases populares (negros, campesinos, obreros, indígenas) a los discursos indentitarios nacionales usándolos como referencia de aquello que debía quedarse atrás (Reyes y Gómez, 2012).

Entonces, las pugnas por enaltecer e integrar en el imaginario nacional las identidades de estas clases se convierten en una lucha entre memorias oficiales y subalternas (Pollack, 2006) que para el caso de Usme encuentra su punto de fuga a través del discurso patrimonial que se posicionaba a raíz del descubrimiento del cementerio, pues es el patrimonio donde las memorias se materializan y comunican a un público más amplio, proveyéndoles un punto de referencia para su construcción identitaria en un medio de una sociedad desarraigada, una referencia de ese origen que en realidad está disperso pero que a través del patrimonio se puede volver real. La misión de conservar y preservar la riqueza del hallazgo y su aporte a la memoria histórica de la nación se articulaba de manera oportuna a la búsqueda por la conservación del territorio de borde tal y como estaba para asegurar la reproducción de las identidades construidas a partir de la relación con la tierra y las personas que la habitan, otorgándole también al territorio la categoría de patrimonio.

En esta medida el sentido del lugar y la memoria, como función cohesionante de la identidad y como discurso subyacente del patrimonio, se negocian en pro de la construcción del valor patrimonial del territorio; así, el olvido y el recuerdo ayudan a navegar en los espacios de la conmemoración, para mediar los campos culturales, sociales y políticos.

Ahora bien, en este caso en particular encontramos una integración entre el DPA y el DPD, que cuando se evidencia genera un conflicto conceptual y de gestión. Esta integración se hace evidente en los propósitos de la comunidad indígena pues buscan narrar el saber ancestral y las formas de concebir el territorio desde una perspectiva sagrada e integrando los saberes ancestrales, otras formas de lectura sobre los fenómenos sociales a partir del orden territorial aceptando que la narración se haga a través de un lugar oficial como lo es un museo, siempre las ordenanzas del territorio (la función que este tiene en una macro red) lo permitan y siempre y cuando el proceso sea de manera horizontal. En esta misma línea de ideas, el sector campesino busca la conservación y preservación del borde-urbano rural y la historia que este contiene para que futuras generaciones la aprecien, muy en línea con el DPA; sin embargo esta historia contiene las memorias de lucha de esta comunidad y los atropellos sufridos por la oficialidad, lo que le agrega una perspectiva disonante. Continuando con esta integración se encuentran las organizaciones ambientales y

sociales de Usme quienes buscan la consolidación de un museo, sí, pero que integre las memorias de todos los actores y que estos mismos lo administren para así fortalecer a la localidad y sus habitantes y en un plano más amplio a la ciudad.

Es así como las propuestas de gestión apuntan a un híbrido entre los dos discursos, dejando ver la complejidad que encierra el “patrimonializar” los lugares y los campos simbólicos que estos encierran. El patrimonio se convierte, así, en una forma de negociar los problemas sociales y los debates sobre identidad y memoria.

Se hace necesario, entonces, conciliar las propuestas de cada comunidad, pues en términos generales todos buscan el mismo propósito: Defender el territorio de amenazas externas latentes o inmediatas, visibilizar los conflictos sociales que esta instrumentalización ha traído consigo y conservar la identidad colectiva y comunicarla al resto de la sociedad. Dado que la memoria es el eje articulador de esta compleja problemática, la conciliación debe darse a través del “análisis tensiones que brotan cuando esta se concibe como proceso en el que subyacen disputas sociales y políticas en torno a: 1) los sentidos construidos del pasado; 2) la(s) legitimidad(es) social(es) de esos sentidos; 3) las pretensiones de verdad que se otorgan a esos sentidos” tal y como lo propone Elizabeth Jelin (2002, pp. 17-18). Mientras la memoria, sus sentidos y propósitos no sean conciliados, será difícil articular esta polisemia de perspectivas.

## REFERENCIAS

- Auge, M. (1992). *Los no lugares, espacios del anonimato: una antropología sobre la modernidad*. Barcelona: Editorial Gerdisa S.A.
- Candau, J. (2002). *Antropología de la Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Contraloría de Bogotá. (2002). *Informe final de visita fiscal seguimiento a los cronogramas de actividades de la Operación Estratégica Nuevo Usme*. Recuperado el 10 de marzo de 2013 de [http://pqr.contraloriabogota.gov.co/intranet/contenido/informes/AuditoriaGubernamental/Habitat/PAD\\_2012/CicloIII/Especial/Metrovivienda.pdf](http://pqr.contraloriabogota.gov.co/intranet/contenido/informes/AuditoriaGubernamental/Habitat/PAD_2012/CicloIII/Especial/Metrovivienda.pdf)
- Halbwachs, M. (2004). *Los Marcos Sociales de la Memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. *Papers: Revista de sociología*. 219 - 228. Recuperado el 16 de Febrero de 2013.
- Metrovivienda (2008). *Operación Estratégica Nuevo Usme, transformando el territorio para la vida*. Recuperado el 10 de marzo de 2013 de [www.metrovivienda.gov.co](http://www.metrovivienda.gov.co)
- Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Ortiz, R. (1998) *Otro territorio, ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Santa Fe de Bogotá: Tm Editores.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio*. La Plata: Al Margen.
- Rapaport, J. (2005). *Intercultural Utopias*. Public intellectuals, cultural experimentation, and ethnic pluralism in Colombia. Durham and London: Duke University Press.

- Reyes, F. L. y Gómez, P. (2012). “Memoria y narración: urdimbre de las identidades colectivas”. En: *Revista Hallazgos*, año 9, No. 17. pp. 161-180.
- Reyes Aparicio, P. (2013). “Imposición y silencio como categorías de memoria para pensar el territorio”. *Revista Hallazgos*, Vol. 9, No. 19. pp. 19-31.
- Rousso, H. (1990). *Le syndrome de Vichy. De 1944 á nos jours*. Paris: Éditions du Seuil.
- Smith, L. (2011). El “espejo patrimonial”. ¿Ilusión narcisista o reflexiones múltiples? *Antípoda, revista de antropología y arqueología*. N° 12. pp. 39-63.